

ñor para tomar el fresco y para hacer su digestión, y que después llama á Adán y le pregunta lo que ha hecho: una especie de inquisidor. Viene el castigo, y Dios no se contenta con castigar, sino que insulta á los pobres pecadores: es un amo que se venga cruelmente porque se le ha desobedecido, y que añade á la venganza el ultraje. ¿Es esa la verdad revelada? Los pueblos más bárbaros no se forjarían una divinidad más implacable. Seguramente no es Dios el que ha revelado sus facciones á los Judíos, son éstos los que han hecho un Dios á su imagen (1).

El contar los hechos y las sañas de Dios en la Biblia daría materia para una curiosa historia; relátemos sólo algunos de ellos con Tindal. Nada más célebre que el robo cometido por los israelitas en Egipto y por mandato de Dios. ¡El robo mandado por Dios! exclama nuestro deísta, ¡qué blasfemia! Para disculpar al Dios de la Biblia de ese cargo han recurrido los apologistas á la explicación más descabellada. Se decanta la ciencia de los anglicanos en su contienda con el deísmo; podrían tener ciencia, pero les faltaba el sentido común: "Leland dice que aquello era un préstamo, y que al pedir prestados los vasos de oro y plata, los Israelitas no habían pensado en restituir las cosas prestadas," (2). Si Tindal hubiese podido responder á esa simpleza, hubiera dicho: "Oh docto budaque, sabiéndolo todo, ¿ignoráis que aquel que pide prestado se obliga por ello mismo á restituir? Y si pedis prestado con el designio de no devolverlo, ¿acaso no cometéis un robo á más de una trampa?"

La guerra santa y sus horrores son el asunto favorito de los libres pensadores. "Es imposible, dice Chubb, que esa parte de la Escritura sea revelada; se diría que estaba escrita por canibales más bien que por el Espíritu Santo. ¿No es injuriar á Dios y dar de él una idea falsa el atribuirle la orden de destruir poblaciones enteras y degollar hasta los niños de pecho?" (3). Nada más zurdo que la respuesta de los apologistas, si bien hay que convenir que aquel cargo no tiene respuesta. Oigamos á nuestro docto amigo Leland, el encofetado adversario de los deístas, y veremos que

(1) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. v, p. 372.

(2) LELAND, *A defense of the christianity*, t. II, pág. 238 y siguientes.

(3) CHUBB, *Posthumous works*, t. II, p. 19-29.

encuentra muy buenas razones para justificar el exterminio de los Cananitas: "Eran, dice, culpables de idolatría y de abominables impiedades; de consiguiente, Dios podía exterminarlos. Y en vez de hacerlo él mismo por medio de un temblor de tierra ó de una peste, se limitó á encargár el cuidado de su venganza á su pueblo elegido," (1). Nada hay tan duro é implacable como el alma de un teólogo, y hacen á Dios á su semejanza: ¿por qué admirarse de que Dios se parezca á un antropófago? Los pueblos de la antigüedad eran todos idólatras; era preciso, pues, exterminarlos á todos. Y los niños de pecho, ¿habían cometido también abominables impiedades? Hé ahí el bello ideal de un Dios-verdugo.

La Biblia es revelada, y, por lo tanto, todo es en ella verdad absoluta. Sin embargo, abunda en errores de toda especie, de historia, de geografía, de astronomía. ¿Es el Espíritu Santo el que ha dictado todas esas ineptias? pregunta Tindal. Pues es suponer que Dios se engaña, ó, lo que es más sacrilego, que quiere engañar. ¿Ignoraba Dios que la tierra gira alrededor del sol, ó quería hacer creer á los hombres una mentira? Leland responde que el Espíritu Santo, al dirigirse á un pueblo ignorante, creyó conveniente emplear el lenguaje vulgar. Tindal replica que ese lenguaje entraña un error, y que no se concibe que Dios, que es la verdad misma, enseñe el error, ni aun siquiera que aparente aprobarle (2). Pero los ortodoxos salen siempre de la dificultad dando más valor á los ataques de los deístas con sus naderías. "Dios no aprueba, y su fin no era el profesar astronomía, sino el moralizar al pueblo de Israel," Oigamos la respuesta contundente de Bolingbroke: "No, Dios no es un profesor, pero tampoco es un embustero. ¿Qué necesidad tenía el Espíritu Santo de confirmar un grosero error para revelar la verdad acerca de Dios y de sus obras? ¿No se dice que la Escritura se refiere á la humanidad en todas las edades, lo mismo á la actual, culta y docta, que á los antiguos Israelitas? El Espíritu Santo hubiera, pues, debido hablar de modo que no chocase á la razón de las generaciones futuras; y si quería á todo trance acomodarse á la barbarie del pueblo

(1) LELAND, *A defense of the christianity*, t. II, p. 351 y siguientes.

(2) LELAND, *A defense of the christianity*, Introducción, p. 39.

elegido, ¿por qué no hace una segunda edición de la Escritura, enmendada y corregida según los últimos trabajos de la ciencia? Al subordinar á Dios á la ignorancia más ó menos grande de los hombres, lo que se hace es un Dios á semejanza de éstos. Y ¿no es esto dar la razón á los incrédulos, que pretenden que son los hombres los que hacen á Dios?" (1).

¿Á qué sirve la revelación cuando la pretendida palabra de Dios no es más que el eco de los errores humanos? ¿No vendrá á suceder que, si Dios se dirige á un pueblo inculto, la revelación divina sea más imperfecta que la razón natural entre pueblos más civilizados? ¡Ved entonces hombres superiores á su Dios! Y esto no es una simple hipótesis, añade Bolingbroke. Las leyes de Moisés aislaban enteramente á los Judíos del resto de la humanidad. Y ¿qué resultó? Un orgullo insensato, el desprecio al extranjero, el odio al género humano. Los filósofos, que no estaban iluminados por el Espíritu Santo, abrigaban sentimientos mucho más amplios que aquellos que se jactaban de ser los elegidos de Dios: su caridad se extendía á todos los hombres. ¿No probaría esto que tenían una noción más justa de Dios que los que le veían cara á cara? Basta abrir la Biblia para convencerse de que es una ley hecha para un pueblo apenas salido de la barbarie. Los bienes y los males materiales de la vida constituyen el gran resorte de su legislador. Jacob hace un contrato con su Dios, y le promete serle fiel, á condición de que el Señor cuide de su servidor y no le deje carecer de nada. No parece sino que está uno en un mercado. Sin embargo, ese contrato bilateral constituye el fondo de la religión judaica; se le encuentra en Moisés y se le vuelve á encontrar en David. ¿Puede llamarse religión á esa obediencia interesada? (2).

¿Hay religión sin la creencia en la inmortalidad del alma? El cristianismo, ¿no consiste esencialmente en la esperanza de la vida futura? ¿Y qué dice Moisés de la inmortalidad del alma? Esta pregunta que los deístas y los incrédulos repiten á cada paso es de las más embarazosas para los ortodoxos. La mayor parte de ellos tratan de probar que los Judíos creían en la inmortalidad. Pero no es de los Judíos de quienes se trata, sino de la re-

(1) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. v, p. 370.

(2) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. v, p. 356, 359.

velación. ¿Se concibe un Dios revelando la verdad á los hombres y guardando silencio acerca de su destino después de esta corta vida, más todavía, haciéndoles creer que no hay otra, mediante el cuidado que se toma de no hablarles más que de recompensas y de castigos temporales? Sólo á fuerza de argumentos sacados por los cabellos se podrá justificar á Moisés y al Espíritu Santo. La verdad, y sobre todo una verdad tan capital, se comunica abiertamente á los hombres, y no por vía de alusiones ó bajo la forma de difíciles razonamientos. Sabida es la franqueza en esta parte de un teólogo anglicano: Warburton, lejos de negar que Moisés guardó silencio acerca de la inmortalidad del alma, demostró, y sin réplica, que, en efecto, aquella idea es extraña á la Biblia. Y de ello deduce... ¿qué dirá el lector? la divinidad de la Escritura. Pero esa salida de tono no fué bien recibida, y se continuó diciendo con Bolingbroke: "Ó Moisés creía el alma inmortal, ó lo ignoraba. Si lo ignoraba, es imposible que estuviese inspirado por Dios. Si la conocía, ha engañado á los Israelitas ocultándoles la verdad. Y si se dice que Moisés es el órgano de Dios, se acusa á éste de haber engañado á su pueblo elegido, lo cual es un horrible sacrilegio," exclama nuestro incrédulo (1).

No hay más que un medio de conciliarse con la Biblia, dice un deísta, y es el de ver en ella una obra humana: los que la escribieron no estaban más inspirados que los vates griegos. La literatura hebraica es la expresión del estado social de los Hebreos; y no hay que buscar en ella la verdad absoluta, sino una verdad relativa. Allí todo es maravilloso y todo se ha hecho por Dios; y ¿habrá de tomarse esa acción sobrenatural al pie de la letra? Los que hablan no son historiadores, son poetas ó tribunos: no tienen siempre una noción elevada de Dios; sus mismas ideas morales son vulgares, y á cada paso se engañan en materia de ciencia. Nada más inexplicable si hubiera de atribuirse al Espíritu Santo; nada más natural si la obra es de hombres. La posteridad ha dado la razón á Morgan y á los deístas (2). Y sólo desde que la Biblia no se considera como una revelación divina se la ha vuelto á estimar y aun á reverenciar como uno de los más bellos monumentos del espi-

(1) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. IV, p. 153.

(2) MORGAN, *The moral philosophy* (1737).—LECHLER, *Geschichte des englischen Deismus*, p. 378 y siguientes.

ritu humano. La Biblia revelada era un absurdo; la Biblia no revelada es una obra maestra de poesía y de elocuencia.

VI

Los deístas hacen la guerra al Nuevo Testamento lo mismo que al Antiguo, en tanto que se le considera como una verdad absoluta y revelada. Dicho se está que los cristianos se indignan contra la crítica que los libres pensadores hacen de los Evangelios. ¡Preocupaciones de la educación! Si los leyese con ánimo imparcial y sin prevención, estarían de acuerdo con los deístas. Añadamos que los ataques de éstos no se dirigen al cristianismo del Cristo, toda vez que se proclaman sus discípulos; combaten sólo el cristianismo tradicional y el Evangelio interpretado por la teología. Se combate furiosamente, dice Bolingbroke, al Dios de la Biblia; pero ¿acaso vale más el Dios de San Pablo? El primero es parcial, injusto, cruel, gusta de sangre, ordena el homicidio y la degollación de poblaciones enteras. Todo eso es horrible; pero ved al Dios de San Pablo. Crea al mundo y a los hombres; prevé que las criaturas imperfectas y débiles han de pecar, y las condena por una desobediencia necesaria; en medio de esto, se digna escoger entre los culpables unos cuantos elegidos no menos culpables que los otros, y a éstos los condena como réprobos por toda la eternidad y a aquéllos los predestina a la vida eterna. ¿Ese es el Dios verdadero, el Dios que nosotros adoramos? No, exclama Bolingbroke, y tiene muchísima razón. Ni el Dios de San Pablo ni el Dios de Moisés son el verdadero Dios. De consiguiente, ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento son revelados (1).

El Dios de San Pablo, si se entiende a la manera de San Agustín, es el más cruel de los tiranos. Pero ¿es cierto que el Dios del Evangelio, el Dios del Cristo, sea todavía nuestro Dios? La verdad es que ya no seguimos sus preceptos ni sus consejos. Tindal hace una viva crítica del espiritualismo evangélico, que es inútil reproducir aquí, porque la hemos hecho en otras partes. Pero lo curioso es que los adversarios de los deístas se hallaban en el fondo de acuerdo con ellos. Los ortodoxos se guardaban bien de censurar las máximas de la perfección cristiana; pero las interpretaban

de tal modo que no quedaba nada de ellas. Oigamos al docto y piadoso Leland. El Cristo dice: *Amad á vuestros enemigos, haced bien y prestad sin esperar nada; vuestra recompensa será grande, y seréis los hijos del Altísimo* (1). Esto es difícil de digerir, se dice á sí mismo nuestro teólogo, porque no es así como se hacen los préstamos en Inglaterra, ni aun en el seno de nuestra Iglesia; se prefiere un *interés presente* de diez por ciento á todas las *recompensas celestes*, y se quiere mejor tener una caja bien repleta de ser *hijo del Altísimo* sin un ochavo en el bolsillo. Y ¿qué hay que hacer? Pues hay que salvar el precepto del Evangelio, pero no hay necesidad de que ese precepto sea tal precepto. "Nosotros diremos que Jesucristo no se propuso imponer una regla absoluta, y que su máxima es obligatoria solamente en *ciertos casos*. Y nosotros no diremos cuáles son esos casos."—"Eso es muy ingenioso, hubiera contestado Tindal, si el cristianismo consiste en sustraerse ó en eludir los preceptos del Cristo. Eso de *en ciertos casos* no se encuentra en las palabras de aquel que reverenciáis como al Hijo de Dios, el cual habla de una manera absoluta, mientras que vosotros le hacéis decir lo contrario de lo que dice. Ó sois vosotros los que estáis en el error, ó es Cristo el que se engaña; elegid." Y no se trata solamente del préstamo, sino de todo el Evangelio; porque el Evangelio se resume en las máximas que se refieren á la perfección de los fieles. Jesucristo dice: *No resistáis al perverso* (2). Y ¿qué pensáis vosotros? Leland responde: "Eso se aplica á *ciertos casos* y á pequeñas ofensas."—"Sed más francos, replica Tindal; eso no se aplica en ningún caso ni en parte alguna; y no debe aplicarse, porque no resistir á los malvados sería alentarlos: ¿es eso una regla de perfección?" *Lo que se os arrebató no lo reclaméis*, dice el Cristo (3). ¿Sois vosotros de ese parecer? "En *ciertos casos*," responde siempre nuestro ortodoxo. "Vuestra distinción, contesta Tindal, destruye la regla: no obedecéis á vuestro Señor, eludís sus preceptos, lo cual equivale á infringirlos, añadiendo á la desobediencia *cierta* dosis de hipocresía. ¿Ese es el espíritu del Evangelio ó es el de los jesuitas?" (4).

(1) S. LUC., VI, 35.

(2) S. MATH., V, 39.

(3) S. LUC., VI, 30.

(4) LELAND, *A defense of the christianity*, t. II, p. 214, 215, 217.

Es inútil continuar esa crítica del espiritualismo cristiano, porque es sobrado evidente que las pretendidas máximas de perfección son impracticables: la sociedad no subsistiría veinticuatro horas si ensayase el ser perfecta á la manera del Evangelio. Cuando más se podría admitir que esas reglas están hechas para una sociedad excepcional, tal como la de los esenios ó para los monjes. Y aun sería preciso decir, con Bolingbroke, que los monjes mismos no han observado nunca sus reglas de perfección (1); la realidad ha estado siempre tan lejos del ideal, que más bien parece su caricatura. No acusamos con esto á los frailes ni á las monjas; el culpable es el ideal, porque es falso, y es falso porque exige de los hombres, para que sean perfectos, que dejen de ser hombres.

Hemos dicho en otra parte cómo se puede explicar lo que hay de excesivo y de desordenado en el espiritualismo cristiano (2). Jesucristo y sus discípulos creían en el fin próximo de todas las cosas, y el que está persuadido de que el mundo perecerá mañana se separará evidentemente del mundo y ya no estará en él. Si esta creencia nos hace comprender la moral del Evangelio, también prueba que su decantada perfección es falsa, puesto que descansa en un error, y ese mismo error deponen contra la revelación cristiana. Tindal no vacila en decir que los apóstoles se engañaron groseramente al llamar á los cristianos á la penitencia, porque el fin de las cosas estaba próximo. El deísta inglés no se atreve á añadir que el mismo Jesucristo se engañó, pero demuestra bien que las palabras que se le atribuyen por los evangelistas no consienten otra interpretación; en vano se las dará tortura, no se sacará de ellas otro sentido más que el que las dieran todos los apóstoles sin excepción. El error del Cristo, ó al menos de los que escribieron los Evangelios, es palpable (3). ¿Es el Espíritu Santo el que los ha dictado? Pues entonces hay que decir que el Espíritu Santo se ha engañado ó ha querido engañar. ¡Hé ahí á lo que conduce la revelación!

Los deístas dirigen otros muchos cargos al cristianismo teológico, cargos que recaen realmente sobre Jesucristo, ó al menos sobre la Escritura; y bajo el punto de vista de la ortodoxia, lo mismo

da á lo uno que lo otro, puesto que los libros santos encierran la palabra de Dios. La moral está viciada por el principio de la fe: tal es el argumento de todos los deístas, de los más templados lo mismo que de aquellos que rayan en la incredulidad. ¿Es ó no es cierto, dice Collins, que la paz y el orden en las sociedades civiles dependen de los *deberes morales*, ó, mejor dicho, consisten en la práctica de estos deberes? Pues bien, que se vea lo que pasa allí donde existe la fe. Someteos á la Iglesia, observad ciertas leyes exteriores que ella os prescribe, y pasaréis por un santo, aun cuando estuviésteis manchado interiormente con todos los crímenes, porque se encontrarán excusas para paliarlos ó indulgencias para borrarlos. Por el contrario, negad la transubstanciación en España ó en Francia, la predestinación en Génova ó en Escocia, y pasaréis por el más infame de los hombres; no os libraréis de la infamia sino para ir á caer en la condenación eterna. Porque la fe tiene además otro mérito, y es el de que transforma á los hombres en bestias feroces. Servet ha perecido en la hoguera porque no creía en la Trinidad, y millares de infelices han sido inmolados por la Inquisición á causa de crímenes imaginarios; y ¿qué digo crímenes? por haber profesado doctrinas que eran más ciertas que las creencias de sus verdugos (1).

Bolingbroke vivió mucho tiempo en Francia y vió la moral teológica en acción. Allí se tenía como un crimen capital, dice, el comer huevos en Cuaresma cuando el obispo no daba licencia. Bien podía uno de los fieles faltar al más esencial de los deberes morales, seguro de que el sacerdote no le negaría la absolución; pero comer un huevo cuando quizá no se tenía otra cosa que comer, eso era un crimen irremisible, porque era despreciar á la Iglesia, y despreciar á la Iglesia es peor que matar á su padre y á su madre (2). "Yo he visto, añade Bolingbroke, que el hombre más inmoral recibía á la hora de su muerte su pasaporte para el cielo con tal que se sometiese á la ceremonia de los sacramentos, mientras que aquel que había cumplido con todos los deberes que la moral prescribe, pero que desdeñaba representar la comedia en la hora de la muerte, era arrojado al estercolero para ser

(1) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. II, p. 310.(2) Véase la parte cuarta de mis *Estudios*.(3) TINDAL, *Christianity as old as the creation*, p. 234.(1) COLLINS, *Discurso sobre la libertad de pensar*, p. 166, 171.(2) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. II, p. 327.(1) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. V, p. 217.

presa del diablo, según se decía. Y es que el medio de ganar la salvación en los países cristianos se hace consistir en creer cosas increíbles, simples ó absurdos, tales como los pudieran imaginar los hechiceros entre los salvajes. Después se pasa por ciertos actos mágicos, el bautismo, la Eucaristía, la extremaunción: imposible salvarnos si un bendito sacerdote no os ha lavado y untado, así fuéis tan inocente como un recién nacido y más hombre de bien que Sócrates,, (1).

¿Hacían mal los deístas en rechazar semejante religión y en sostener que la verdadera consiste en la moral? Entre todos los deístas, Shaftesbury es el que insiste más en el carácter moral de las creencias religiosas; sus críticas, aunque encubiertas, van dirigidas al cristianismo, por más alto que sea su origen. "La virtud no es virtud, dice él, sino en cuanto halla en sí misma los motivos que la determinan. Pues oid á los cristianos, y creeréis asistir á una feria; no se trata más que de retribución, como si las buenas acciones fuesen un crédito y Dios el deudor del hombre virtuoso. En verdad, dice Shaftesbury, que á fuerza de hablar de la recompensa que espera á la virtud, no veo que puedan merecer recompensa las buenas acciones hechas sólo en la expectativa de esa recompensa. El bien que se hace por un cálculo cualquiera es egoísmo: y el egoísmo ¿no corrompe el bien? El temor de la pena es un sentimiento todavía más vil, que rebaja al hombre á la condición del bruto: el hombre que se abstiene del mal ó que hace lo que la religión le manda por temor del infierno, se diferencia poco del mono que trepa ante el látigo de su amo. Shaftesbury hace también otro cargo á la moral religiosa, y observa que las palabras amistad y patriotismo no se encuentran en el Evangelio. ¿Es que no son virtudes? El hombre que se sacrifica por su amigo, el ciudadano que muere por su patria, ¿no tendrán cabida en el cielo? "Si los libros sagrados no hablan de esas virtudes, responde el deísta inglés, es sin duda porque están puras de todo egoísmo: ¿qué sería una amistad que se vende y el amor á la patria que mendiga una recompensa?," Esta crítica entraña una acusación seria, y es la de que el cristianismo, religión del otro mundo, no conoce más que virtudes del otro mun-

do. Shaftesbury no declara todo su pensamiento. El verdadero cristiano, el perfecto, no conoce ni amistad ni patriotismo, porque estos son vínculos que le atan á este mundo, y él no es de este mundo, es ciudadano de la celeste Jerusalén. Hay más: la caridad, virtud cristiana por excelencia, le prohíbe todo afecto particular: lo ha dicho así un santo, un Padre de la Iglesia, San Basilio, el cual ha prohibido á sus monjes como un pecado toda relación de amistad. En el cielo de los cristianos no hay ya afección particular. ¡Dios nos libre de esa perfección celeste! (1).

Los ortodoxos hacen un cargo contrario á los deístas y libres pensadores, y es el de que ignoran el principio de la verdadera moral: no conocen el amor de Dios. Entendámonos: los filósofos no conciben el amor de Dios como los cristianos, es cierto; no creen que para amar á Dios sea necesario huir del mundo, encerrarse en una celda ó retirarse á un desierto; para ellos, amar á Dios es amar á los hombres, y amar á los hombres es trabajar en su perfeccionamiento. "El mejor medio de amar á sus semejantes, dice Shaftesbury, es darles la libertad, la libertad de pensar y la libertad política; porque sin libertad, el hombre es esclavo, esclavo de la ignorancia y de la superstición ó esclavo de un tirano: servidumbres que van juntas, una en pos de otra. ¿Puede tratarse de perfección del entendimiento humano cuando está esclavizada la razón? Trabajemos, pues, en libertar á los hombres de las cadenas que arrastran,, (2).

Hé aquí nobles palabras que nos conducen á una moral y á una religión diversas del cristianismo tradicional. Los defensores de éste decantan su autoridad y su amor á Dios; pero no ven que esa claridad y ese amor engendran al egoísmo más brutal. ¿Cuál es el ideal más sublime que han llegado á concebir los más santos en el seno del cristianismo? El estar solos con Dios y no vivir más que en Dios. ¿Y qué viene á ser en esa soledad el amor á los hombres? El verdadero cristiano respondería que ante todo debe trabajar en su salvación, y añadirá que no olvida á sus semejantes, que los ama en Dios y que ruega por ellos. Después de todo, ¿qué le importan el mundo, la libertad de pensar y la libertad política? Hé aquí la prueba,

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics*, t. I, p. 83 y sig.; t. II, p. 44 y siguientes.—Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.

(2) SHAFTESBURY, *Characteristics*, t. I, p. 319.

dicen los deístas, de que la caridad cristiana no es más que egoísmo, y de que, como todo egoísmo, no conoce ni aun sus verdaderos intereses. Los cristianos, que tanto hablan de salvación, no saben lo que es la salvación. Shaftesbury dice muy bien: no hay moralidad sin desarrollo intelectual; la salvación requiere, pues, que el pensamiento sea libre; y ¿cómo lo había de ser, si el hombre está encadenado? Libertad, libertad, exclaman los deístas ingleses: tal es la primera condición de salud. Permanezcamos, pues, en el mundo y trabajemos en perfeccionarle: esa es la condición de nuestro progreso individual. Hé aquí un concepto harto diferente del del cristianismo, si bien entre los deístas no tiene la claridad y la evidencia que ha adquirido después. Y esa fué la causa de su debilidad: perseguían siempre la idea del supremo bien. Esa idea debe ser reemplazada por la del desarrollo de nuestras facultades; y cuando ésta haya arraigado en la conciencia general, la religión se encontrará transformada.

N.º 4.—Apreciación del deísmo.

El deísmo condujo á una transformación del cristianismo, y en ese sentido los deístas pueden llamarse cristianos, así como los protestantes avanzados de nuestra época. Pero, en concepto de los ortodoxos, aquellos son enemigos del cristianismo, y, por consiguiente, enemigos de toda religión, dado que para éstos no hay otra religión más que el cristianismo tradicional. Ciertamente es que los deístas destruyen los fundamentos de la revelación milagrosa; y si ésta constituye la esencia de la fe, sería indudable que el deísmo la destruye. Sobre este punto no podría haber duda, en vista de la contienda que acabamos de presenciar. Los deístas comenzaron á contemporizar con el cristianismo, llamándose más cristianos de lo que eran; pero acabaron por establecer claramente la incompatibilidad absoluta entre la razón y la fe revelada. Dodwell dice como Bayle: "Es necesario elegir: ¿sois creyentes á la manera de la Iglesia? pues conservad vuestra fe y no penséis en apoyarla sobre la razón; de lo contrario, vendrá abajo." Bayle había deducido que era indispensable imponer silencio á la razón y atenerse á la palabra de Dios. Pero la conclusión de los deístas no fué esa; éstos decían: "Puesto que la oposición es radical é irreme-

diable, hay que dejar una fe quimérica y atenerse á la razón,, (1).

Ese era el racionalismo puro; y se concibe el desencadenamiento de los ortodoxos contra los deístas. Ya en el siglo XVII, cuando el deísmo principiaba á darse á luz, Pascal le reprobó con vehemencia. "La Iglesia, dice, aborrece casi igualmente el deísmo que el ateísmo ¿Por qué? Porque los deístas conocen y sirven á Dios sin mediador, y para los hombres, Jesucristo es el verdadero Dios, porque es el verdadero reparador de nuestra miseria,, (2). ¡Cuánta estrechez en un pensador tan grande! Nuestra miseria, según él y según todos los cristianos, procede del pecado original. Luego todos aquellos que ignoran ese pecado original no conocen á Dios. ¡Cosa extraña! Pascal, tan altivo con los deístas, ¿estaba bien seguro de conocer al verdadero Dios? Un jesuita le acusó de ateísmo. Pascal, en efecto, era jansenista, y, como tal, exageraba los funestos efectos del pecado original; estaba, pues, fuera de la verdadera doctrina; y al engañarse sobre el pecado original, ¿no estaba expuesto á engañarse sobre el Reparador y sobre el Mediador? Y siendo esto así, según Pascal, se raya ya en el ateísmo. Hé ahí adónde conducen los excesos de ortodoxia.

Cuando Pascal es tan exagerado y tan injusto, no hay que extrañar que espíritus estrechos condenen á los deístas con todo el orgullo de la verdad revelada que creen poseer. En los primeros años del siglo XIX, un padre del Oratorio publicó una *Historia del filosofismo inglés*. El título sólo revela el altivo desprecio del creyente á los libre pensadores. Tabaraud no hace más que reproducir los ataques de Leland, salvo que el doctor anglicano lo había hecho con más moderación y con más ciencia. El escritor francés se desencadena especialmente contra Woolston, el autor de las *Cartas sobre los milagros de Jesucristo*, del cual dice: "Que llevó la locura hasta el frenesi, y que se hizo bien en aprisionarlo para que no causara daño." No parece sino que se trataba de alguna bestia carnívora, tigre ó hiena escapados de su jaula. Entre tanto, el deísta tan difamado en el campo de los ortodoxos, prefirió morir en prisión á comprar su libertad á precio, no de una retractación, sino de

(1) DODWELL, *Christianity not founded* (1742).—LECHLER, *Geschichte des englischen Deismus*, p. 412 y siguientes.

(2) PASCAL, *Pensées*, xxii, 1.

una simple promesa de no publicar sus ideas. El mismo Tabaraud dice "que su vida era sobria, su piedad ejemplar y grande su caridad," (1). ¿Son estos rasgos de un furioso? Para terminar el cuadro de la s.ña ortodoxa añadiremos que el padre del Oratorio se hizo muy sospechoso á los ortodoxos de pura raza.

Á la estrechez católica opondremos el juicio de un filósofo contemporáneo de los deístas: Leibnitz se encogía de hombros cuando oía disparatar contra el deísmo, y en 1696 escribía á Burnet: "Por lo que hace al deísmo de que se acusa al clero de Inglaterra, ojalá que todo el mundo fuese, por lo menos, deísta, es decir, que estuviera bien persuadido de que todo está gobernado por una suprema sabiduría," (2). Estas palabras del gran filósofo dan mucho que pensar, pues denotan que había muchos que se llamaban cristianos y no creían en la Providencia. Decimos cristianos, porque Leibnitz escribe en el siglo XVII, época que hoy se ensalza como la sociedad cristiana por excelencia; fué el siglo de Luis XIV, ese piadoso rey que fomentaba tanto la piedad, si hemos de creer las arengas del clero francés. Pero Leibnitz veía más claro: la religión oficial no era más que hipocresía al lado de un jefe que creía expiar los pecados de su juventud entregándose á una estúpida devoción en sus últimos días. Bajo la apariencia de piedad se ocultaba una incredulidad tanto más peligrosa cuanto más se veía obligada á disfrazarse; Leibnitz tenía mucha razón cuando exclamaba: ¡Plugüera á Dios que todo el mando fuese deísta! Esto nos obliga á decir algunas palabras sobre los destinos del deísmo.

Los ortodoxos cantan victoria cuando hablan de los resultados que obtuvo un movimiento que tan vivamente agitó á la Inglaterra á fines del siglo XVII y principios del XVIII: "¿Dónde están los deístas? dicen. ¿Qué ha sido de esa secta que pretendía reemplazar el cristianismo ó transformarle? El deísmo no existe ya más que en obras oscuras que nadie lee, y otro tanto sucederá con toda doctrina que se atreva á atacar la religión de Jesucristo: las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." Pero ¿es cierto que el deísmo ha fra-

(1) TABARAUD, *Histoire du philosophisme anglais*, t. II, páginas 123, 162.

(2) LEIBNITZ, *Opera*, ed. Dutens, t. VI, p. 236.

casado? En el sentido de la ortodoxia eso querría decir que la religión revelada está triunfante. Cier- to es que vivimos en una época de reacción reli- giosa de la cual se aprovecha especialmente el ca- tolicismo. Pero el que penetrase en el fondo de esa aparente restauración bien podría repetir hoy con Leibnitz: ¡Ojalá que todo el mundo fuese deísta! No; no es el catolicismo el que va triunfando. ¿No sería más bien el deísmo, ó, por mejor decir, la creencia instintiva que inspiraba á los deístas, la de un cristianismo progresivo?

Hay un elemento negativo en el deísmo, un principio de destrucción. Los deístas han atacado la revelación sobrenatural, los milagros, las profe- cias, los misterios, la idea de la fe. Y no fueron ellos los que iniciaron la contienda, ni ésta cesó cuando ellos desaparecieron de la escena. Vamos á oír á los filósofos del siglo XVIII; después ha- blaremos de los racionalistas alemanes. Ahí tenéis sucesores, ya que no discípulos, con los cuales pueden estar orgullosos los Shaftesbury y los Bo- lingbroke. Los defensores del pasado dirán que el racionalismo está desacreditado tanto como la filo- sofía de Voltaire y como el deísmo inglés. Si así lo creen, se hacen una grande ilusión y se pagan de palabras. Cier- to es que nadie es ya deísta, racionalista y filósofo como lo eran en el último siglo; pero ¿es esto decir que la guerra hecha al cristia- nismo tradicional haya terminado con la victoria de lo sobrenatural y lo milagroso? Muy ciegos era necesario estar para creerlo así. Los estúpidos mi- lagros que la Iglesia ha forjado ó recibido con aplausos en pleno siglo XIX, el mundo civilizado los acogió con silbidos, y en el seno mismo del cristianismo, las sectas más avanzadas rechazan todo milagro y toda revelación sobrenatural. Es necesario que los ortodoxos se vistan de luto: lo sobrenatural ha muerto en la esfera del pensa- miento, y no resucitará; la resurrección ha pasado de moda.

Aun hay otro elemento en el deísmo. Lord Herbert, el primero de los deístas, formuló los dogmas fundamentales de la religión natural, y esa es la religión de todos los deístas. Ese aspecto del deísmo halló favor en Francia y en Alemania; aunque, si hubiéramos de creer á los ortodoxos, ya no se hace cuestión de religión natural ni más ni menos que de deísmo. Pero esa es otra ilusión.

¿Qué es en el fondo la religión natural? Es la iden-

tificación de la moral y de la religión; es la creen- cia de que el hombre se salva practicando la ley del deber, aun cuando no crea en la Trinidad ni en la transubstanciación. ¿Y acaso ha desaparecido esta creencia? ¿Se cree, por ventura, hoy, ni aun en los países católicos, que el que se abstiene de comer laticinios en Cuaresma está más seguro de salvarse que aquel que trabaja en su perfecciona- miento y el de sus semejantes? Cier- to que se lee en las pastorales de los obispos, pero predicán en desierto; sus palabras no encuentran ya eco más que en las clases de la sociedad donde reinan la ignorancia y la superstición. Los deístas, ¿no tendrán alguna parte en su transformación del cris- tianismo?

Si se pregunta por qué el deísmo no ha reem- plazado al cristianismo tradicional, la respuesta es muy sencilla: los deístas ingleses no tenían esa pretensión; ellos reverenciaban al Cristo como su maestro. No se debe preguntar por qué el deísmo no ha llegado á ser una nueva religión; lo que hay que investigar es si el cristianismo se ha modi- ficado ó no por la influencia de las doctrinas pro- fesadas por los deístas, y á esta cuestión ya hemos respondido de antemano. Nuestro Dios es el de los deístas mucho más que el de la ortodoxia; el concepto que tenemos de la vida y del destino del hombre es el de los deístas; nuestra moral es decididamente la suya. No tenemos que hacer más que una reserva: los deístas estaban llamados á demoler, y los que demuelen rara vez son los que reconstruyen. En la obra de demolición, el senti- miento religioso se expone á perderse, ó, por lo menos, ó debilitarse. Y en ese sentido no ha hecho mal Bossuet en decir que el deísmo hace de Dios un ser inútil, no teniendo acción alguna sobre el mundo ni relación con el hombre. Algo se exagera el escollo, pero el escollo es efectivo. De ello no hay que hacer un cargo á los deístas, el peligro es propio de su misión; más bien hay que admirarlos de que, siendo demolidores, hayan mantenido la idea religiosa en lo más esencial que ésta entraña, la moral. Citemos una última prueba sobre las que ya hemos aducido.

Toland dice en la más infamada de sus obras, *El Pantheisticon*: "Para vivir felizmente basta con la virtud, y ésta forma su propia recompensa," (1).

(1) TOLAND, *Pantheisticon*, p. 57.

La virtud que se basta á sí misma, ¿no es más su- blime, más verdadera que la virtud mercenaria de los cristianos? Toland prosigue en su *Nazareno* "En mi religión veréis muchos más objetos de prác- tica que de creencia, y no veréis más prácticas que aquellas que hacen mejores á los hombres, ni más creencias que aquellas que conducen á la virtud y á la ciencia," (1). El destino del hombre consiste en su desarrollo intelectual y moral, y para llegar á él debe conocer la verdad y practicarla: ¿no su- ple esto con ventaja al bautismo y á la transubs- tanciación? Por último, en una carta dirigida al obispo de Londres, dice Toland "que los dos obje- tos principales de sus escritos han sido la libertad civil y la tolerancia religiosa." Cuando se habla de libertad á las gentes de Iglesia, al punto gritan ¡licencia! Según ellos, todos los que reclamaban to- lerancia eran ateos. Estáis en un error, les respon- de Toland: yo quiero la libertad sin licencia, y soy tolerante sin ser indiferente (2). Esa religión que quiere emancipar el espíritu humano ha venido á ser la de la humanidad moderna.

N.º 5.—*Los defensores de la revelación.*

Los deístas encontraron numerosos adversarios en el seno de la Iglesia anglicana. A últimos del siglo XVII, el caballero Roberto Boyle empleó una gran parte de su fortuna en fundar premios para la defensa del cristianismo. Hé ahí un rasgo caracte- rístico de la raza inglesa; en vez de recurrir á los calabozos ó al cadalso, los ortodoxos echaron mano de la pluma para defender su fe. ¿No vale eso más que la Inquisición y más que la censura de la Igle- sia católica? En Francia, cuando los filósofos tras- pasaron el deísmo y llegaron á atacar las bases de toda religión, el clero pidió á grito herido la in- tervención del gobierno para contener el desborda- miento de la incredulidad, y solicitó y exigió me- didas de represión. Y ¿cuál fué el resultado de esa lucha del poder contra el libre pensar? Creció la incredulidad y se arrojó en los excesos del ateísmo y del materialismo. En Inglaterra no se desdña- ron los obispos de tomar parte en la contienda, y al pensamiento libre respondieron con el pensa- miento. Esa lucha pacífica tuvo bien diversos re-

(1) TOLAND, *le Nazareno*, p. XXVI.

(2) *Life and writings of Toland*, p. 83.